

*“Nosotros no movemos las cosas;  
las cosas nos mueven a nosotros,  
en esto consiste la realidad”.*

AKIRA ANDO

*“Lo que nos hace tan felices es la presencia en el corazón de algo inestable.”*

MARCEL PROUST

## Prólogo

Los semáforos se suceden. Uno, dos, tres, cuatro, hasta cinco seguidos. Están apagados o parpadean en ámbar. Demasiadas facilidades para el autobús diésel modelo Paz de fabricación rusa en que va Dragan Dabic, un hombre de barba gris y pelo atado en una larga coleta canosa recogida en un moño. Después de contarlos se pregunta por un instante si no estarán dejando a propósito vía libre al autobús. Pero, ¿con qué fin? ¿No hay siempre un horario que cumplir, un orden que mantener? ¿Será un aviso de prevención porque hay obras en la carretera? Sus cavilaciones sin respuesta lo sumergen en la agradable temperatura del aire acondicionado que huele ligeramente a ambientador dulzón y a gasoil, y cierra los ojos. El calor asfixiante de julio queda fuera. El viaje no es largo, pero seguro que puede dormir unos minutos, incluso un cuarto de hora, como siempre.

Lleva unas grandes gafas de aumento tintadas de un color caramelo oscuro. Ve el mundo de ese color. Ese color lo protege.

Es un hombre alto, grande, no demasiado grueso, pero ocupa casi la mitad del asiento contiguo, que está vacío. Encima de él ha puesto su llamativo sombrero panamá y un maletín abombado. Con ese maletín parece un médico rural apacible y fiable, sentencioso. Al otro lado del pasillo, en la ventana opuesta, una mujer mira hacia el paisaje después de haberle hecho un gesto de saludo convencional que él ha devuelto muy amable. Hoy puede contarse con los dedos de las manos el número de pasajeros que lleva el autobús, incluso es la vez que menos pasajeros ha visto él en esta ruta, que frecuenta. Vuelve a pensar si eso no será también intencionado, pero lo desecha enseguida. Sin embargo, es un hombre acostumbrado a estar alerta. Desconfía por instinto. Tiene motivos. Mejor despejarse de ese sueñecito. Por eso se frota los ojos bajo las gafas.

De pronto, un coche negro se pone delante del autobús obligándolo a reducir la velocidad. Un poco antes, el conductor ha visto que desde ese mismo coche le advertían con la mano que aminorase la marcha. Dragan Dabic mira por la ventana sobre la que ha corrido la cortinilla por el sol.

Hay otro coche granate metalizado circulando en paralelo a ese flanco del autobús. Le parece extraño que no lo adelante. Alza el cuello hacia el lado contrario y ve, para su sorpresa, el capó de un tercer coche, este de color blanco, aunque el torso de la pasajera le obstaculiza demasiado la visión. ¿Están rodeados?

El conductor del autobús frena casi en seco, provocando un justificado sobresalto entre los pasajeros. Finalmente, abre las puertas automáticas, quizá porque desde uno de los coches alguno de los hombres se lo ha ordenado con gestos imperativos. Dos individuos bajan de los coches y suben rápidamente por la puerta delantera; otros dos más lo hacen por la puerta trasera. Dando pocas y largas zancadas llegan a la altura del asiento del hombre de la barba gris, que titubea, asido a la barra del asiento, como si fuera a tomar impulso y tal vez saltar, si la situación lo requiere. Se enciende su sexto sentido de hombre alerta.

Le preguntan cómo se llama. Él dice su nombre pausadamente mientras se quita las gafas de sol caramelo oscuro.

Se identifica como croata, pretende mostrar su pasaporte, no obstante se azora para hacerlo. Pero apenas tiene tiempo de reaccionar. Por detrás, uno de los hombres le coloca inesperadamente un saco de tela negra en la cabeza mientras otros dos le sujetan los brazos y las piernas; el cuarto lo agarra por el cuello para inmovilizarlo del todo. A continuación, sin soltarlo, lo empujan boca abajo en el suelo del autobús *con violencia*. Él percibe, y así insistirá más tarde al tener que relatarlo, que el hecho se lleva a cabo *con violencia*.

Su mejilla y su frente se manchan de barro porque cayó una breve lluvia de verano una hora antes y el calzado de aquellos hombres todavía está húmedo y sucio. Los demás pasajeros se apartan hasta el fondo y descienden del autobús, pero son retenidos en el arcén contrario, donde, bajo una marquesina, hay un letrero que indica la línea discrecional Novi Beograd-Batajnica. Ahora, según otro indicador contiguo pero menos moderno, están en las inmediaciones de Vracar, cerca aún de Belgrado.

Crecen aisladas las protestas de los pasajeros, se percibe una incomodidad asustada porque no saben qué sucede. El hombre que por sorpresa le ha puesto a Dragan Dabic el saco de tela negra en la cabeza pide calma, aunque en realidad lo que exige es silencio con un gesto abrupto. Se produce una súbita contención general cuando marca solo dos teclas en su

móvil. A los pocos segundos todo el mundo oye las palabras que pronuncia: “Es él. Lo tenemos”.

La captura tiene lugar el 18 de julio de 2008 por agentes del BIA (Servicio Secreto de Serbia). La foto que se verá en la prensa unos días después, exactamente el 21 de julio, es la de un individuo pacífico y perplejo, casi un gurú oriental, con una poblada barba blanca, pelo largo también blanco, recogido en ese moño que le hace parecer tibetano. Tiene la mirada ausente, aunque dirigida a la cámara. El fondo, desenfocado, es un balcón que da a un jardín verdosos, pero puede ser un bosque o un parque; hay botellas de agua en una mesa lateral y un teléfono.

Con la expresión de cejas arqueadas parece decir que sabía lo que iba a suceder, pero que hace tiempo había decidido quedarse al margen, dejarse llevar. Es la mirada de un fatalista. No va con él todo eso que está empezando a suceder, a lo sumo compete al hombre que hay debajo de esa barba y de esa apariencia, se dice. Sin embargo, no puede abandonar un aire desafiante al alzar el mentón. Más que nunca en todos esos años está asumiendo que todo él es un disfraz; no ya un hombre disfrazado, sino un disfraz extravagante en busca de una identidad que ocultar, la de un hombre perdido, durante tantos años, muy dentro, muy dentro de ese cuerpo nuevo. Irreconocible. Las grandes gafas de aumento incrementan ese desconcierto entre los agentes policiales; nadie en el BIA habría imaginado que necesitase esas gruesas lentes ni que adoptase la forma de una especie de brujo populista. Lo observan fríamente puestos en fila detrás del fotógrafo, observan al “carnicero de Sarajevo” posar con una elegancia profesional. Es un hombre camuflado que alguna vez, de eso no hay duda, había ensayado ese momento en que sería mostrado en público. Sin embargo, esas fotos no se publicarán hasta unos días más tarde. Acabada la sesión fotográfica, vuelven a meterlo en un coche, a encapucharlo de nuevo y a llevarlo a un paradero desconocido.

Su identidad es la de un curandero de Belgrado, uno de esos sanadores alternativos que se hacen populares en circuitos amplios pero casi clandestinos, pese a salir en televisión y en Internet. Tenía muchos pacientes en varias ciudades de Serbia y Montenegro a quienes procuraba

remedios naturales para sus dolencias físicas y psíquicas. Tenía una página web donde reproducía los vídeos de sus charlas y de sus cursos, en los que proponía una vida sana y un equilibrio armonioso con la naturaleza. En su entorno, era un hombre bueno, quizá un hombre sabio, y siempre un hombre sensible.

Su nombre, según los documentos de identidad falsos que lleva encima, es Dragan Dabic. Hay cuatro Dragan Dabic en el cementerio de Belgrado, según comprobaría el BIA, dos hombres fallecidos con más de ochenta años y otros dos con apenas unos pocos años de vida. En realidad lleva pasaporte croata, con el que pudo visitar otros países y otras ciudades, en concreto Austria, ya que en Viena, y por varias veces en 2007, impartió unos cursos en un centro naturópata.